

Francisco Ortega
LEYENDAS CHILENAS

Ilustraciones **Gonzalo Martínez**

Planeta
Junior

ASÍ COMIENZA...

En el principio no existía nada, solo caos y desorden. Y estaba Ngenechén, Madre Padre del Cielo, a quien también llamaban Wenumapu Chao y Futa Chaw. Sobre el caos y el desorden, Ngenechén caminaba observando y sintiendo la soledad de la nada, pero no le gustó. Entonces, agarró un poco de ese caos y desorden primordial y sopló su aliento sobre él. El soplo se convirtió en chispas y de ellas brotaron los Ngen, espíritus menores que se inclinaron ante el creador ofreciendo su devoción y fidelidad. Ngenechén continuó soplando y los Ngen se multiplicaron hasta ser tantos como granos de arena.

—Cantarán para mí y alabarán mis obras —les ordenó.

Los Ngen levantaron la mirada y entonaron cantos que se escucharon desde el inicio al fin de lo que existía. Los espíritus no paraban de cantar y Ngenechén sonreía. Tan ensimismado estaba en

su arte que siguió soplando para crear más coros que cantaran sobre su magnificencia.

—Canten, canten espíritus míos —decía Ngenechén mientras danzaba al ritmo de los himnos.

Fue ahí cuando el más bello de los espíritus se acercó a Madre Padre y se atrevió a hablarle.

—¿Para qué necesitas tantos cantos? —le preguntó, mientras sus hermanos escuchaban y veían con temor su osadía.

—Porque me hace feliz escucharlos.

El espíritu dio otro paso al frente y continuó preguntando:

—¿Para qué necesitas tantos hijos?

—Ustedes no son mis hijos, son mis adoradores —respondió Madre Padre.

—Adoradores e hijos, ¿acaso no podemos ser ambos? —continuó el espíritu, mientras sentía en su interior prenderse una chispa nueva, distinta y oscura a la que lo formaba.

—No —volvió a hablar Ngenechén—, solo adoradores.

Madre Padre se levantó sobre los espíritus y les anunció que a cada uno de ellos les sería dado un nombre. Miró al más hermoso de ellos, aquel que tuvo la audacia de hablarle y que aún permanecía al frente de las filas, y le habló:

—Tu nombre será Wünelve, porque eres el más hermoso de todos y el que más brillará en el caos

de ahora y el orden de mañana. Por eso tu nombre será único...

Wünelve no bajó la mirada y tampoco respondió. Fueron ciertas las palabras de Ngenechén, ya que el primero de los espíritus fue el único en ser marcado sin la señal Ngen al inicio de su nombre. Un hermano suyo se adelantó al frente y a este le fue dado otro nombre. Así hasta que cada uno de los espíritus tuvo identidad.

Aburrido de la continua adoración de los espíritus, Ngenechén se retiró a dormir y, tras mil años de siesta, se despertó y volvió a caminar sobre el caos y el alboroto. Decidió entonces que había llegado el momento de ordenar todo. Tomó a uno de los Ngen y lo aplastó hasta dibujar con él un círculo que dividió en cuatro. Lo dejó flotando sobre la nada, mientras observaba y meditaba qué hacer con él.

—¿Qué hiciste con nuestro hermano? —otra vez Wünelve tuvo la osadía de cuestionarlo.

—Lo convertí en una nueva idea.

—¿Qué es esta nueva idea? —preguntó mientras se acercaba el inquieto espíritu.

—Lo he llamado Meli Witran Mapu...

—¿Y qué es el Meli Witran Mapu?

—Es la representación de lo que existirá, Wünelve...

Ante la mirada atónita de Wünelve, Ngenechén volvió a soplar y a crear chispas con su aliento, pero en esta ocasión no formó con ellas nuevos Ngen, sino que las tomó y las esparció por encima y abajo

del disco del Meli Witran Mapu. De esa mezcla, surgieron los cielos y la Tierra. Y la Tierra estaba vacía, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo.

El más hermoso de los Ngen sintió celos de lo que estaba viendo, pues aquello era más bello que los espíritus. Y al contemplar la felicidad en el rostro del también llamado Totalidad, sintió que ese fuego oscuro que ardía en su interior se convertía en rabia.

Entonces, Madre Padre del Cielo dijo «sea la luz», y hubo luz. Ngenechén vio que era buena, así que la separó de las tinieblas. Llamó «día» a la luz y «noche» a las tinieblas.

Wünelve aprovechó el entusiasmo del hacedor para escabullirse entre las tinieblas. Se encorvó hasta convertirse en polvo brillante y así voló hasta donde esperaban sus hermanos a quienes reunió en secreto.

—Ngenechén nos ha olvidado.

—Es verdad —gritó otro de los Ngen, a quien llamaban Ngenvilú—. Cuando despertó ni siquiera vino a saludarnos.

—Para él solo somos servidores —reclamó otro.

—Ha creado algo nuevo, algo que ama más que a nosotros —los provocó Wünelve—. Y, para hacerlo, asesinó a uno de nuestros hermanos...

—Guíanos, Wünelve —habló otra vez Ngenvilú—. Eres el más bello y poderoso de nosotros.

—¡Sí, guíanos Wünelve! —gritaron al unísono los espíritus—. Estamos contigo hermano. ¿Qué debemos hacer?

—Le arrebataremos lo que ha creado y lo dejaremos para nosotros —respondió el más hermoso de los Ngen.

—¿Cómo haremos eso? —preguntó Ngenvilú—. Ngenechén es más poderoso que nosotros.

—Y más grande... —agregó otro.

—Pero nosotros somos muchos y Ngenechén está solo —chilló Wünelve—. ¡¡¡Nosotros mandaremos ahora!!! —animó a sus hermanos.

—Lo derrotaremos —se dijeron unos a otros.

—Tomaremos su corona —sopló Ngenvilú que ya hablaba como víbora.

—Lo suyo será de nosotros —se burlaban repitiendo las ideas del más hermoso de los Ngen.

—¡Caminen conmigo! —les dijo Wünelve—. Ascenderemos hasta el trono de Ngenechén...

Mas Wünelve desconocía que algunos Ngen decidieron no traicionar a Madre Padre del Cielo y, aprovechando la confusión, se adelantaron en secreto a sus hermanos para advertir a Ngenechén.

—Ha formado un ejército —le informaron.

—Y son tantos como oscuridad hay en el caos —le contaron.

—Esperaré a ver qué quieren —respondió Madre Padre.

Las tropas de Wünelve rodearon el trono del Ngenechén y gritaron ordenando su presencia. Madre Padre interrumpió su descanso y caminó tranquilo hasta la puerta de sus dominios, donde vio parado a Wünelve.

—¿Qué es lo que deseas? —le preguntó al más brillante de los Ngen.

—Yo no deseo nada... No hablo por mí, hablo y vengo por todos —miró el espíritu a su basto ejército—. No somos uno, somos una legión.

—¿Qué es lo que desean, entonces, legión?

—Entréganos lo que has creado —le reclamaron con soberbia, excepto Ngenvilú que permaneció detrás, silente.

Pero Madre Padre no respondió. Siendo advertido por los espíritus fieles, Ngenechén regresó en secreto al caos y desorden y usó su soplido para crear más y nuevos Ngen, muchos más que los que tenía el ejército del espíritu rebelde.

—¿Qué es lo que ocurre? —exclamó Wünelve al ver que sus fuerzas eran rodeadas.

—Conoce a tus nuevos hermanos —respondió Ngenechén mientras observaba cómo sus sirvientes recién surgidos de la chispa, cercaban a los rebeldes y los reducían, obligándolos a arrodillarse ante ellos.

—¿Qué hacemos con nuestros hermanos? —preguntó Ngenquital, uno de los leales.

—Encerradlos —ordenó Ngenechén.

—Pero son nuestros hermanos —trató de interceder Ngenco.

—Ya me escucharon —volvió a ordenar Ngenechén.

Ngenvilú intentó escabullirse a través de las sombras, pero Ngenquital interrumpió su huida obligándolo a permanecer con los prisioneros.

Los espíritus sublevados y rebeldes fueron conducidos por sus hermanos a las profundidades de las tinieblas. Todos caminaban en silencio, en especial los nuevos Ngen, ya que amaban a sus iguales.

—¿Por qué lloras, hermano? —le preguntó con astucia Wünelve a Ngencura, a quien le ordenaron encerrar a los atrevidos.

—Porque te amo a ti y a los míos.

—¿Y pensaste que Ngenechén iba a sentir piedad por nosotros?

—Madre Padre es justo y bondadoso.

—¿Ves bondad en este castigo? Ngenechén se ha olvidado de nosotros. Incluso de ustedes, los nuevos, que creó con un solo propósito.

—¿De qué hablas, Wünelve?

—De lo que veo... Solo los sopló para tener un ejército con el cual combatirnos. Él podía derrotarnos solo si hubiese querido, pero se limitó a observar, dejando el trabajo sucio en tus manos y en las de Ngenquital...

—Eso no es así.

—Sabes que sí lo es Ngencura... Mírate, ¡míranos!
¿Qué crees que hará Ngenechén con nosotros?

—Yo... —dudó el espíritu.

—Tú debes liberarnos —tentó Wünelve.

—Yo...

—Hazlo —la voz de Wünelve era como un susurro en los oídos de su hermano.

Ngencura bajó la guardia y miró al más bello y poderoso de sus iguales.

—Bien... —susurró Wünelve, echando hacia abajo los brazos de Ngencura.

Pero entonces Ngencura reaccionó. Levantó la cabeza y clavó su mirada en el líder de los espíritus rebeldes.

—Intentas engañarme —manifestó y otra vez se puso en guardia.

Wünelve era más astuto, rápido y fuerte, así que aprovechó la debilidad y las dudas de su hermano para adelantarse. Se levantó sobre Ngencura y con todo su poder le enterró los dedos en los ojos hasta reventarlo por dentro y pulverizar su cabeza.

—Error —dijo mientras el Ngen se retorció antes de desaparecer.

Los Ngen presentes observaron con miedo y horror lo que Wünelve acababa de hacer.

—¡Muerte a los carceleros, muerte a Ngenechén, mis hermanos! —gritó el más precioso de los primeros nacidos, envalentonando a sus fuerzas.

—Somos uno con Wünelve —aulló desde su rincón Ngenvilú.

Uno a uno los Ngen fieles a Ngenechén fueron cayendo ante el ataque de sus hermanos. Golpes, muerte, furia y odio se extendieron desde los compañeros de Wünelve hacia quienes eran sus iguales.

—A la Tierra —ordenó Wünelve al sentirse libre—. Tomemos lo que nos fue arrebatado —aulló con rabia.

Los Ngen renegados bajaron como lluvia negra sobre la superficie y se extendieron por todos los rincones, expandiendo el dominio de Wünelve por días, semanas, meses y años. Y en ese periodo hubo lágrimas en el cielo. También rabia y desconcierto.

Ngenquitral trepó hasta el trono de Madre Padre y le contó lo hecho por Wünelve.

—La Tierra es suya ahora.

—No puede ser de él.

—¿Qué haremos ahora?

—Yo me iré a dormir... Y tú, Ngenquitral, cuidarás de lo creado en mi ausencia.

—Pero ellos son más que nosotros.

—Ya escuchaste mi voluntad.

Cuando Wünelve se enteró de que Ngenechén se retiró y el cielo estaba al mando de Ngenquitral sintió que su corazón se hinchaba de coraje. Llegó la hora que estaba esperando, arrebatarse su lugar a Madre Padre y reinar por sobre lo existente. Convocó a sus capitanes y fieles.

—Ngenechén ha vuelto a dormir y el cielo está desarmado. El momento tan aguardado nos pertenece. Reunamos a nuestros ejércitos. Iremos en guerra contra el trono de las alturas.

—Pensé que querías el mundo —le respondió Ngenvilú, que a pesar de su cobardía se convirtió en el brazo derecho de Wünelve.

—Quiero todo —le contestó Wünelve, con los ojos inyectados en fuego.

Día tras día los espíritus rebeldes atacaban con truenos y rayos las grandes mansiones del cosmos, allá donde el tiempo y el espacio se mezclan hasta ser una sola cosa. Ngenquital y sus espíritus intentaban resistir, pero el poder de Wünelve era cada vez más formidable. Explosiones y polvo cósmico llovían sobre el palacio, reduciendo a la nada murallas levantadas para sostener lo eterno. Espíritus de uno y otro bando caían en una lucha que parecía no terminar. Las heridas y el dolor se multiplicaban hasta colapsar el tiempo. Uno tras otro los grandes atrios se vinieron abajo, provocando en su desplome estallidos que reiniciaban al mismo universo. La nada y el desorden amenazaban con volver en una guerra eterna en la cual no cabía la victoria porque esta solo dependía de la voluntad de Ngenechén, una realidad que Wünelve conocía, pero prefería callar.

—Despierte, mi señor —clamó a los pies de la cama de Ngenechén, el que respondía al nombre de Ngenmahuida.

Ngenechén abrió los ojos y se asomó a contemplar el caos desatado por Wünelve. Se puso de pie y caminó hasta donde se encontraba Ngenquital guiando a los más fieles de sus ejércitos.

—Venid conmigo.

—¿Qué haremos? —preguntó el comandante de sus huestes.

—Solo vengan conmigo.

Y el ejército de Ngenechén bajó desde el corazón de lo creado hasta las tinieblas donde los rebeldes se refugiaron a descansar tras haber triunfado en la última batalla.

—¡Vienes a entregarnos tu obra! —desafió Wünelve al verlo ingresar a sus dominios. Algunos de los rebeldes se reían, otros se burlaban.

—Vienes a rendirte —chilló Ngenvilú.

—Te inclinarás ante la mayoría —gritaban por allá.

—Tu corona será nuestra —aullaban por acá.

—¿Qué es lo que quieren? —les preguntó Ngenechén.

—Tu creación y tu poder —respondió Wünelve.

—¿Por qué los quieren?

—Porque no solo tú tienes derecho a tenerlos. Debe ser de todos. Somos iguales a ti. No ha de haber diferencia entre los espíritus. Queremos compartir tu poder con todos, es un derecho...

—¿Y si me niego a entregarlo?

—Te lo arrebataremos y te mataremos, Madre Padre del Cielo —susurró Wünelve.

—¿Matar a Madre Padre?

—Si es necesario para que los hijos crezcan —murmuró Ngenvilú.

Guiados por Wünelve, los espíritus rebeldes desenvainaron sus lanzas y espadas de fuego y cercaron a Ngenechén. Desconfiado como era, Ngenvilú prefirió hacerse a un lado y ante la mirada llena de rabia de Wünelve se escondió tras una roca para observar lo que iba a ocurrir.

Ngenechén se arrodilló para recibir el ataque. Y con la mirada baja, sintió como las hojas y filos flamígeros se levantaban en su contra. Los espíritus buenos gritaron de horror. Mas antes de que la primera espada lo tocara, Ngenechén se levantó y, lanzando fuego por los ojos, desató todo su poder contra los seguidores de Wünelve. Se alzó Madre Padre del Cielo y escupió a los rebeldes. Alcanzados por su saliva todopoderosa, los cuerpos y almas de los orgullosos se convirtieron en piedra. Y mientras se quejaban del dolor, los pisó con fuerza provocando que por su propio peso cayeran al abismo. El aire se abrió y los Ngen petrificados se deslizaron y rompieron la bola primigenia que entonces era la Tierra.

Se desparramaron los caídos y se convirtieron en montañas. Mientras eso ocurría, aquellos que sobrevivieron fueron convertidos en fuego viviente por la mirada inflamada del Ngenechén. Y estos quedaron atrapados entre sus pétreos compañe-

ros, destinados a pasar el resto de sus existencias en un inútil y desesperado intento por escapar. Como eran ígneos, a veces sus cuerpos reventaban y producían humo, fuego y explosiones que, desde el corazón de las montañas, dieron forma a los volcanes.

Esos malos espíritus fueron nombrados pillanes.

Pero Madre Padre del Cielo también era bondadoso y escuchó a algunos pillanes que se arrastraron ante él y por el dolor de sus cuerpos quemados clamaron por su misericordia.

—Perdónanos —lloraban mientras las llamas quemaban su carne y espíritu.

—Sea mi justicia y piedad —Ngenechén cogió a los pillanes arrepentidos y los pegó a la bóveda celeste—. Ahí permanecerán hasta el fin de lo que existe, recordando su soberbia y atrevimiento.

Desde entonces, cada noche, estos rebeldes brillan como luces por la incandescencia de sus cuerpos.

—Los llamaremos estrellas. Y tú —apuntó a Wünelve que se retorció con intensos dolores—, serás el más brillante de todos: el lucero silencioso que guiará al resto de tus hermanos con una belleza que no te será quitada. No así tu voluntad, que guardaré conmigo hasta cuando sea necesario tu retorno. En silencio, Wünelve ascendió hasta lo más alto del cielo. Allí sus llamas se apagaron y se convirtieron en luz blanca. Así nació la estrella más brillante y grande de todas.

Finalizada la gran guerra del cielo, los Ngen buenos lloraron muchos días y noches por sus hermanos. Sus lágrimas cayeron desde las alturas y, al arrastrar las cenizas y piedras, formaron ríos, lagos y mares en la Tierra.

Como no existía nada en la superficie, Ngenechén decidió enviar a Ngenkusé, un joven espíritu, a recorrerla. Ngenmapu, nombrada cuidadora del muchacho, trató de intervenir para que su protegido no dejara el cielo, pero la voluntad de Madre Padre ya estaba hecha y al adolescente Ngen le fue ordenado habitar la Tierra.

—Pero estará solo —clamó Ngenmapu.

—Tu protegido no estará solo —le prometió Ngenechén. Luego cogió el brillo de un espíritu convertido en estrella y sopló el resplandor para hacer una mujer, la cual mandó con su vástago.

—Su nombre es Ngenfuchá —le indicó.

Así fueron creados los *Nuevos nacidos*.

Como el mundo estaba duro y las piedras dañaban sus pies, Ngenechén ordenó que surgiera pasto muy blando y flores.

Un día Ngenfuchá estaba jugando y comenzó a deshojarlas. De los pétalos surgieron las aves, las mariposas y también los frutos de los que emergieron los árboles. Hombre y mujer estaban felices.

Ngenechén, para vigilarlos y evitar que pudiera surgir un nuevo Wünelve, abrió un gran hoyo en el cielo y, cuando se asomaba, daba luz y calor; así fue

creado el sol. También, la custodia Ngenmapu posaba sus ojos por la hendidura, y al asomarse filtraba una luz blanca y suave, que su hijo llamó luna.

Pero en lo profundo de las montañas los pillanes continuaban enojados, y esto empeoró cuando uno de ellos se obsesionó con la joven Ngenfuchá. Como no podía escapar de su prisión de rocas, su rabia comenzó a crecer día a día, emitiendo gritos de angustia que fueron escuchados por Ngenvilú, que logró escapar de la ira de Madre Padre. Ngenvilú se convirtió en un espíritu malvado, una criatura oscura llena de resentimiento que adquirió la forma de una sombra viviente parecida a una mujer. Ella le regaló al pillán un pelo suyo muy negro y muy largo, que el espíritu de fuego lanzó fuera del volcán donde habitaba. El cabello cobró vida y se convirtió en una culebra delgada que se arrastró hasta donde dormían Ngenkusé y Ngenfuchá.

La serpiente, que era la voluntad de Ngenvilú, habló con el hombre y la mujer. Ellos la escucharon y respondieron a todas sus preguntas.

—¿Cómo fueron creados? —interrogó la víbora.

—Nací de un espíritu del cielo y soy protegido de la luna —confesó Ngenkusé.

—Yo vengo de la luz de una estrella —confeso Ngenfuchá.

Ngenechén se enfureció con el hombre y la mujer porque estos escucharon a la serpiente. Tembló la tierra, rugieron los volcanes y todo lo hecho fue

destruido. Solo quedaron el hombre, la mujer, un copihue blanco y Ngenvilú que otra vez consiguió huir del castigo.

Al sentirse solos, Ngenkusé y Ngenfuchá se aparearon y de esta cruce tuvieron descendientes: un tigre, un puma, una zorra y otros vástagos llenos de pelo, que caminaban en cuatro patas y no obedecían a sus padres, escapando y escondiéndose de ellos.

No había luz y reinaba el frío y la noche. La luna a veces se asomaba por el hueco para mirar a su hijo y en una de esas ocasiones dejó caer unas semillas que la mujer sembró. Después, el hombre y la mujer tuvieron otro hijo, un muchacho muy bueno y hermoso.

Ngenfuchá le cantaba tan lindo a su nuevo hijo que Ngenechén volvió a asomarse al hueco para saber por qué estaba tan contenta. Cada vez que Ngenfuchá cantaba, Ngenechén iba a escucharla. Así volvió el sol y con él regresó la luz. Crecieron los árboles, las plantas y las frutas, porque tanta era la felicidad del Hacedor ante aquella nueva criatura que su bendición se extendió a lo largo y ancho de los cuatro puntos de lo existente.

Pero los hermanos animales sintieron celos de ese hijo y Ngenvilú se aprovechó de la situación. Una noche se deslizó hasta donde dormía el puma y le habló en sueños, germinando una perversa idea en el gran gato.

—Yo tomaré la vida de ese niño —secreteó el felino a sus compañeros.

En la oscuridad de la noche, el puma se deslizó hasta donde dormía la familia y, sin que Ngenkusé ni Ngenfuchá se percataran de su presencia, mordió la garganta del pequeño, y hundiendo sus afilados dientes en su carne le arrebató el aliento. La sangre del vástago cayó sobre el copihue blanco y lo tornó rojo. Del copihue y la sangre surgieron nuevos hombres y nuevas mujeres que consolaron la pena de los padres. Estos hombres y mujeres se juntaron y tuvieron familias. De este cruce provienen los mapuche, el pueblo de la Tierra. Sabios e impetuosos como los primeros espíritus; valientes y bravos como el tigre y el puma; astutos y prudentes como el zorro.

Ngenechén vio a estos nuevos hombres y los hizo trabajar. Les aconsejó que hicieran rogativas llamadas Nguillatún para agradecer y pedir. Y así hubo paz y prosperidad por mil años hasta que los mapuche otra vez olvidaron a Madre Padre del Cielo, escucharon a Ngenvilú que seguía reptando entre las sombras y descuidaron las cosechas, el trabajo y la devoción, pero esa es otra historia.

